

ÍÑIGO DE LOYOLA, EXCEPCIÓN O PROTOTIPO DE LOS GUIPUZCOANOS EN LA NAVARRA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVI

Luis Javier FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA

La comprensión de una figura histórica y religiosa como la de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, exige no sólo describir y analizar su trayectoria personal y sus logros, sino también su entorno social y existencial, centrando ambas perspectivas en un hecho trascendental en su vida: la herida que recibió en la defensa de la fortaleza de Pamplona (20 de mayo de 1521), que dio un vuelco a su vida y de la que se conmemora el V Centenario. Para ello se van a examinar tres cuestiones: la herencia histórica en la que se insertó Íñigo de Loyola, su trayectoria individual y, finalmente, el contexto social en el que se inscribió, que no es otro que la presencia de guipuzcoanos en Navarra durante el primer tercio del siglo XVI.

1- LA HERENCIA HISTÓRICA, FAMILIAR Y TERRITORIAL

La familia de Íñigo López de Loyola pertenecía al grupo de los "parientes mayores". Eran las 24 casas principales de la nobleza rural guipuzcoana, que sobresalían por encima de los simples hidalgos. En el conjunto del reino castellano serían una nobleza media.

Era frecuente que poseyeran como mínimo un coto redondo en plena propiedad, como era el caso de Loyola, a caballo entre Azpeitia y Azcoitia, además de otros bienes raíces (tierras, montes, molinos, ferrerías), el patronato sobre alguna iglesia y privilegios y rentas obtenidos por sus servicios militares a la corona o a un gran noble castellano. El poder de un pariente mayor se evidenciaba en la edificación de torres o casa fuertes.

Los parientes mayores de Guipúzcoa estaban divididos en dos bandos, que tomaron nombre de dos familias, los Oñaz y los Gamboa. Pueden rastreadarse en el siglo XIII, pero se formalizan en el siglo XIV. Entre los "oñacinos" destacaban los señores de Lazcano, Loyola, Berástegui o Amézqueta; entre los "gamboinos", los de Gamboa, Guevara, Balda, Ladrón de Cegama o Zarauz. Estos bandos se expandieron a Vizcaya y Álava y se relacionaron fuera del territorio vasco con la alta nobleza castellana y los bandos navarros. Los oñacinos se aliaron con los beamonteses y de los Manrique (duques de Nájera), mientras que los gamboinos lo hicieron con los Velasco (duques de Frías) y agramonteses.

La crisis demográfica y económica del siglo XIV alentó las guerras banderizas, al reducir los ingresos de la nobleza, a la vez que se incrementaban sus gastos. La

insuficiencia de las rentas tradicionales contribuyó a los enfrentamientos entre linajes, que perseguían el doble objetivo de incrementar su patrimonio y de "valer más", tener mayor poder e incidencia social. A su vez los parientes mayores se enfrentaron con las villas de realengo diseminadas por la Provincia, cuyo poder creció gracias a la formación de Hermandades, que dieron origen a las instituciones provinciales de Guipúzcoa. Aunque se iniciaron en torno a 1362, el apogeo de las guerras banderizas coincidió con la primera mitad del siglo XV. Concluyeron en 1457 gracias a la enérgica intervención de Enrique IV de Castilla, que castigó y desterró a los cabecillas de ambos bandos y desarrolló una política de traspaso de excedentes nobiliarios a Castilla, insertándolos al servicio de la Corona o de la alta nobleza.



Fig. 1 Torre de Loyola tras su reconstrucción desde 1460

Las guerras banderizas repercutieron en la familia de Loyola. La torre y el linaje de Loyola quedaron vinculados a la causa oñacina en el último tercio del siglo XIII, cuando Lope García de Oñaz casó con Inés de Loyola. El solar de Loyola predominó para denominar

a la familia. Aunque en él se insertaron en los siglos XIV y XV dos linajes más (Pérez y Lazcano), no consiguieron imponer su apellido, sino que predominó el apellido Loyola. En el último tercio del siglo XIV Beltrán Ibáñez de Loyola, tatarabuelo de San Ignacio (m. 1405), construyó la casa-torre de Loyola toda en piedra. Era un cuadrado de 16 metros de lado, con muros de 2 metros de ancho, almenas, matacanes y troneras. Las guerras afectaron a la torre de Loyola, que fue cercada en 1420, pero resistió el asedio. En 1456 el abuelo de San Ignacio, Juan Pérez de Loyola participó en el "Desafío de Azcoitia", que dio paso a un enfrentamiento de los "parientes mayores" con la "Hermandad de las Ocho Villas". Probablemente entonces la torre de Loyola perdió su parte alta. En 1457 Enrique IV impuso a Juan Pérez de Loyola un destierro por cuatro años en Jimena de la Frontera (Cádiz). En 1460 obtuvo el perdón real, retomó y reconstruyó la casa-torre de Loyola, convirtiéndola en un palacio mudéjar, en el que puede intuirse la participación de alarifes andaluces.

Juan Pérez de Loyola volvió del destierro andaluz con la lección aprendida. Una nueva coyuntura histórica presidía la vida de Guipúzcoa en la segunda mitad del siglo XV. La definían cuatro rasgos: 1) no era posible continuar las guerras banderizas; 2) era preciso obedecer al

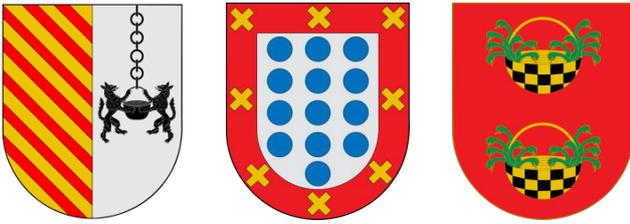


Fig. 2-4 Escudos de armas de la familia Oñaz y Loyola, de Juan Velázquez de Cuéllar y del Duque de Nájera.

rey de Castilla como vía de medro para el linaje; 3) Castilla era grande y próspera y podía acoger los excedentes nobiliarios vascos y darles modos de vida; y 4) la guerra se externalizaba. Desaparecida la guerra banderiza, los guipuzcoanos se entregaron en cuerpo y alma a las guerras promovidas por la Corona de Castilla, a las que suministraron, en Granada o en Nápoles, guerreros de a pie y a caballo, producción de armas y construcción y alquiler de buques para la guerra. Estas aportaciones proporcionaron a los guipuzcoanos promoción social, poder político y éxito económico.

Estos **presupuestos políticos y sociales rigieron en Guipúzcoa durante la vida de San Ignacio de Loyola.**

2- TRAYECTORIA DE ÍÑIGO LÓPEZ DE LOYOLA

Nacido en Loyola en 1491, Íñigo López de Loyola pertenecía a una familia que reflejaba la nueva coyuntura histórica de Guipúzcoa en ese periodo. El matrimonio de sus padres, celebrado en 1467, era un ejemplo de la **reconciliación entre oñacinos y gamboinos**: su padre, Beltrán Ibáñez de Loyola, era oñacino, mientras que su madre, Marina Saenz de Licona, era gamboina, hija del doctor Martín García de Licona, miembro del Consejo Real de Castilla, que en 1459 había comprado la torre de Balda en Azcoitia. Íñigo fue el último de los 12 hijos del matrimonio.

Beltrán participa ampliamente en la política castellana, del lado de los Reyes Católicos en su guerra contra Juana la Beltraneja, ayudando a recuperar Toro y Burgos (1475), así como en la defensa de Fuenterrabía (1476), atacada por los franceses. En 1484 los monarcas agradecieron sus servicios con la concesión de una renta de 2.000 maravedís sobre ferrerías y con la confirmación del patronato sobre la iglesia de Azpeitia.

De los siete **hermanos de Íñigo, cinco fueron guerreros al servicio de los reyes de Castilla y Aragón, en las guerras exteriores** (dos en Nápoles, uno en Flandes y dos en Navarra), uno pasó a América y otro fue clérigo. El mayor, Juan Pérez de Loyola, fue un "empresario de la guerra exterior". Capitaneó su propia nave con 40 marineros y 85 hombres de armas en la conquista de Nápoles, donde murió en 1496. El segundo, Martín García de Oñaz, fue enviado a la corte de Castilla, donde conoció Magdalena de Aroz, dama de la reina Isabel, con la que se casó en 1498 y que fue como una segunda madre para Íñigo; era hija de un vergarés veedor de la armada española en Nápoles. Martín sucedió a su padre como señor de Loyola y logró fundar un mayorazgo con la protección real para evitar el desmembramiento

de sus bienes en 1518. Participó en la conquista de Navarra, junto con otras mesnadas de Guipúzcoa capitaneadas por Pérez de Leizaur, así como en la batalla de Velate (diciembre 1512). Intentó contribuir a la defensa de Pamplona frente a franceses y agramonteses (1521) y en la defensa de Fuenterrabía. Ochoa Pérez de Loyola sirvió como militar a Juana la Loca y Felipe el Hermoso, en Flandes y en España. Beltrán de Loyola, bachiller, murió en las guerras de Italia antes de 1529.

Al igual que su hermano Martín, Íñigo fue enviado a la corte de Castilla con quince años, para incorporarse a la casa de un magnate, **Juan Velázquez de Cuéllar**, Contador Mayor de Cuentas, casado con **María de Velasco y Guevara**, sobrina del condestable de Castilla y a la vez pariente de la madre de Íñigo. A su servicio vivió once años (1506-1517). Miembro del Consejo Real, además de otros gajes había recibido en encomienda la villa de Arévalo y residía en el que había sido su palacio real, que subsistió hasta 1973 como monasterio de monjas cistercienses.

Durante once años (1506-1517) la vida de Ignacio transcurrió entre **Arévalo y la Corte castellana**, primero como paje y luego como gentilhomme del Contador. Era una vida despreocupada, bien definida por sus biógrafos jesuitas. Luis González de Cámara le atribuye "travesuras de mancebo". Quien fue su secretario y confidente, Juan Alfonso de Polanco, dice que hasta los 26 años, "aunque era aficionado a la fe, no vivió nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y en cosa de mujeres, y en revueltas y cosas de armas". Pero también le atribuye "muchas virtudes... recio y valiente y, más aún, animoso para acometer grandes cosas... De grande y noble ánimo y liberal también dio muestras... Nunca tuvo odio a persona ninguna, ni blasfemó contra Dios". Las bravuconadas también se produjeron en algunos de sus viajes al solar paterno. En 1515 Íñigo y su hermano el capellán Pedro López de Loyola cometieron "cierto exceso" en Azpeitia. El corregidor de Guipúzcoa los procesó, pero adujeron condición eclesiástica e intentaron refugiarse como clérigos tonsurados en el tribunal diocesano de Pamplona. El asunto acabó sobreesido, Íñigo volvió a Arévalo y Pedro prosiguió su carrera eclesiástica tras recibir órdenes sagradas en 1518.



Fig. 5 Palacio de Arévalo convertido en monasterio cisterciense (mediados del siglo XX).

Íñigo de Loyola 1521

La vida de Íñigo sufrió un vuelco cuando su mentor y sostén, Juan Velázquez de Cuéllar, después de una vida de servicio a la Corona castellana, se rebeló contra ella (noviembre 1516-junio 1517). Se negó a entregar Arévalo, Olmedo y Madrigal a la reina Germana de Foix, en compensación por las rentas de Nápoles que le habían sido asignadas por Fernando el Católico. Cuando la decisión de Carlos V fue ratificada por Cisneros, Velázquez se sublevó en Arévalo y fue cercado por tropas reales durante siete meses. Tras rendirse, pasó a Madrid, donde murió dos meses después.

María de Velasco tuvo que liquidar la "casa" y los servidores de Arévalo. Despidió a Íñigo López de Loyola con dos caballos y una recompensa económica. Para no tener que volver a Loyola sin oficio ni beneficio, recurrió a las redes clientelares de su familia. En 1516 Antonio Manrique de Lara, el **duque de Nájera**, había sido nombrado virrey de **Navarra**. Era cuñado del conde de Lerín y aliado de beamonteses y oñacinos. Se presentó ante él, que le admitió como gentilhomme o "continuo" perteneciente a su "casa", o sea, como caballero que le asistía en el gobierno y participaba en sus cometidos militares.

Así transcurrieron cuatro años de su vida (**1517-1521**). Pagado o sostenido por el duque, no era un funcionario. Acompañó al duque en sus viajes a la corte, allá donde estuviera (Valladolid, Zaragoza, Barcelona), recibiendo permiso en dos ocasiones para llevar armas dentro de ella. La compenetración entre ambos hizo que el duque, a su vez, apoyara a la familia de Loyola en la cuestión del mayorazgo real (1518). Íñigo estuvo presente en asuntos militares del duque, como el aplastamiento de la rebelión de Nájera, o en los de gobierno, como la pacificación del enfrentamiento entre dos grupos de villas de Guipúzcoa (1520). Entre marzo de 1518 y mayo de 1519 el virrey y los tribunales de Navarra se trasladaron de Pamplona a Tafalla y lógicamente también lo tuvo que hacer Íñigo.

Esta situación se vio sacudida por la revuelta de los comuneros, que desde mayo de 1520 sacudió todo el reino de Castilla y provocó una guerra civil. Tropas castellanas situadas en Navarra, así como su artillería y contingentes beamonteses y agramonteses, fueron enviadas a Castilla para luchar contra los comuneros. Participaron en la toma de Tordesillas (diciembre de 1520). Francia quiso aprovechar la situación para atacar a Castilla y recuperar Navarra para Enrique II, hijo de los reyes Albret expulsados en 1512. Aunque los comuneros habían sido derrotados definitivamente en Villalar (23 de abril de 1521) un **ejército francés mandado por Andrés de Foix, señor de Asparrós**, apoyado por los navarros agramonteses, entró en Navarra para ocupar el reino y ayudar o reavivar la rebelión comunera. El 9 de mayo ocuparon Saint-Palais, y el 11, San Juan de Pie de Puerto. El virrey duque de Nájera ordenó a Íñigo que reclutara tropas en Guipúzcoa y viniera con ellas a Pamplona.

El 16 de mayo el ejército de Asparrós se sitúa en Villava. Al día siguiente, el virrey abandonó Pamplona y dejó en la ciudad un contingente de soldados al mando de Pedro de Beaumont. El 18 mayo, cuando ya se había levantado la ciudad, llegaron los guipuzcoanos reclutados por Íñigo y dirigidos por el señor de Loyola, su hermano Martín García de Oñaz, que exigió el mando en la defensa del castillo, encomendado al alcaide Miguel de Herrera, una vez que Beaumont había abandonado también la ciudad. Como no se lo dieron, Martín se retiró con sus guipuzcoanos. Según relata su biógrafo Nadal, Íñigo, "teniendo por ignominioso marcharse también él, e impulsado en cuestión tan difícil por la grandeza de su ánimo, dejando a su hermano, picó espuelas a su caballo y se metió a galope en la ciudad con unos pocos soldados".

El 19 de mayo 300 franceses, dirigidos por el señor de Santa Coloma, entraron en Pamplona con artillería ligera para atacar el castillo construido por Fernando el Católico y situado en el actual emplazamiento del Palacio de Navarra, entre la plaza del Castillo, la calle Cortes de Navarra y las avenidas de San Ignacio y Carlos III. Dentro de la artillería ligera se incluían culebrinas, sacres y falconetes, que disparaban balas de 12, 6 y 4 libras respectivamente. En el interior del castillo el alcaide Herrera celebró un consejo de guerra con los caballeros y oficiales. La mayoría era partidaria de rendirlo, porque consideraban imposible su defensa, pero Íñigo hizo prevalecer su opinión contraria: "que le defendiesen o muriesen". El 20 de mayo se produjo el primer ataque franco-navarro y una bala de artillería ligera hirió gravemente a Íñigo. Le quebró una pierna por muchas partes y dañó en la carne de la otra, aunque no afectó al hueso. El 23 de mayo se produjo un segundo ataque, esta vez con artillería pesada, que logró la rendición del castillo, pero respetando la vida de sus defensores. El 26 de mayo, Íñigo abandonaba Pamplona malherido y en parihuelas. Esteban de Zuasti, primo del futuro San Francisco Javier, se unió a la comitiva de ocho portadores para atravesar el territorio navarro y llegar hasta Loyola. Así acabaron las andanzas de un gentilhomme guipuzcoano que había permanecido cuatro años al servicio del virrey castellano de Navarra. Era difícil que sobreviviera y nadie de su entorno, ni él mismo, podía intuir que iba a dar un giro radical a su vida, hasta convertirse en fundador de la Compañía de Jesús y alcanzar la santidad. Solo era uno de los muchos guipuzcoanos que habían intervenido en Navarra desde 1512.

3- GUIPÚZCOA Y LOS GUIPUZCOANOS EN NAVARRA DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVI

El papel de Íñigo López de Loyola en los acontecimientos de Navarra, puesto en evidencia por todos sus biógrafos, debe examinarse también desde su entorno de origen, para comprobar si fue un caso excepcional o más bien un ejemplo más de una trayectoria colectiva.

El actual País Vasco (las antiguas Provincias Vascongadas) y singularmente Guipúzcoa, tuvieron una impor-

tancia capital en la conquista castellana de Navarra y en las guerras que durante un decenio la sancionaron definitivamente (1512-1522). Este papel vino propiciado por un cambio fundamental en la estrategia militar de Castilla frente a Navarra. Desde el siglo XII la presión de Castilla se habían producido desde el Ebro; penetraciones militares, campañas, conquistas temporales o definitivas atacaban desde el sur. El último zarpazo había sido la pérdida de la Sonsierra (la actual Rioja Alavesa) en 1463. En 1428 Navarra tuvo que entregar durante diez años un numeroso grupo de localidades en toda la línea del Ebro. Dando un giro radical y a pesar de que él mismo se situó en Logroño, **Fernando el Católico decidió en 1512 conquistar Navarra desde el País Vasco.** Vitoria sirvió de plaza de armas para concentrar el ejército castellano que, al mando del duque de Alba, conquistó el reino. Penetró por la Burunda, sabiendo libre el camino hacia Pamplona al no existir ninguna plaza fuerte para detenerle. Además, contaba con la connivencia mayoritaria de la Navarra del Noroeste, dominada por los beamonteses, y en el ataque podían colaborar las milicias vascas, señoriales o de las villas.

Guipúzcoa tuvo un papel esencial en la conquista castellana de Navarra en 1512, tanto en el plano logístico y de intendencia como en las operaciones militares. Con meses de adelanto Guipúzcoa se convirtió en plataforma de avituallamiento tanto del ejército inglés que iba a desembarcar en Pasajes para atacar a Francia como del ejército castellano destinado a conquistar Navarra. Se contrataron grandes cantidades de abastecimientos de comida: 4.500.000 kilos de trigo o harina, 1.300.000 kilos de cebada, 2.500.000 litros de vino, 72.000 carneros y 2.000 vacas. El cereal provenía de Andalucía, Tierra de Campos o había sido adquirido por comerciantes de Guipúzcoa. El origen del vino se repartía entre Jerez y Galicia. La carne provenía tanto de Andalucía como de Castilla. Gran parte de estos bastimentos se trasladó por mar mediante fletes que los transportaron a los puertos de Guipúzcoa y por los cuales se pagaron 750.000 maravedís.

Otro capítulo esencial fue el aprovisionamiento de armamento, fabricado en tierras vascas o importado por comerciantes vascos desde Italia o Flandes hasta Guipúzcoa. Se gastaron cerca de 4.000.000 maravedís en armas, 627.000 de los cuales se emplearon en hacer escopetas en Eibar y Placencia de las Armas. La compra de 1.200 petos se pagó con más de 1.000.000 de maravedís a ciertos armeros guipuzcoanos, que también proporcionaron 1.300 armaduras suizas y otros productos por casi 2.200.000 maravedís.

Además de proporcionar armas y vituallas, los guipuzcoanos participaron directamente en la conquista de Navarra mediante capitánías formadas en su territorio y por sus gentes. Una de ellas, mandada por Juan de Amboludí, fue la primera en invadir, adelantándose once días al ejército del duque de Alba: el 10 de julio tomó Goizueta. También tomó Vera y se dirigió hacia Maya. La capitánía de Juan de Alzate se formó en Irún, pero contó también con gentes navarras de Cinco Villas

y Baztán. Otras capitánías estuvieron mandadas por Tristán de Ozta, el capitán Ariarán o Pedro de Aguirre.

Cuando en el otoño de 1512 el ejército franco-navarro que había intentado en vano recuperar Pamplona se retiraba, los señores oñacinos de Berástegui y Leizaur atacaron en Velate a su retaguardia, compuesta por lansquenets alemanes que llevaban la artillería, al grito de "España, España" (8 de diciembre). Capturaron doce cañones y los llevaron a Pamplona, donde los entregaron al duque de Alba. El 28 de febrero de 1513 se convirtieron en un cuartel del escudo de Guipúzcoa por un privilegio otorgado por Fernando el Católico en nombre de su hija la reina Juana la Loca.

En el segundo intento de los Albret para recuperar Navarra (1516) el principal protagonismo vasco corrió a cargo de las milicias alavesas, pero también intervinieron algunas compañías guipuzcoanas mandadas por Miguel de Amboludí, Juan de Mondragón o el capitán Ariarán. Además, en Pamplona residían 300 canteros vizcaínos y guipuzcoanos que estaban construyendo el castillo. Según afirmaba el pagador Juan Rena, si hubiese necesidad, podían servir como gente de guerra. Mientras tanto se desembolsaban 1.600.000 maravedís para fundir y transportar hierro desde Fuenterrabía.

En el tercer intento de recuperación de Navarra para los Albret (1521) el protagonismo de vizcaínos y guipuzcoanos en el ejército castellano-beamontés que venció en Noáin al ejército franco-agramontés fue muy considerable. Aportaron un tercio de sus componentes: 15 compañías vizcaínas con más de 2.000 hombres y, según el alarde y recuento realizado en Laguardia (19 de junio), 21 compañías guipuzcoanas con 1.850 hombres, como acredita esta relación de villas y capitanes:

Compañías de la Provincia de Guipúzcoa que participaron en el ejército castellano en la batalla de Noáin (1521)

Villas de procedencia	Capitanes
San Sebastián	Sebastián de Elduayen
Tolosa	Sebastián de Isasaga
Areria (alcaldía)	Pedro López de Legazpia
Asteasu	Gonzalo de Ugarte
Aya	Martín de Sarobe
Azcoitia	Juan Ochoa de Iribe
Azpeitia	Juan López de Ugarte
Cestona	Cristóbal de Celayeta
Deva	Beltrán de Sasiola
Elgoibar	Pedro Pérez de Gárate
Guetaria	Juan Martínez de Amilibia
Hernani	Miguel de Ayerdi
Léniz	Juan López de Galarza
Mondragón	Pedro Ochoa de la Cuadra
Regil	Juan Martínez de Loidi
Rentería	Pedro de Rentería
Salinas	Juan Gómez de Berganzo
Segura	Juan Vélez de Guevara
Usúrbil	Jerónimo de Achega
Vergara	Martín González de Urrutia
Villafranca	García López de Iribe
Zumaya	Diego Pérez de Ardaneta

Íñigo de Loyola 1521

Una compañía provenía del valle del Oyarzun, dos del Urumea, siete del Oria, seis del Urola y 6 del Deva. No es aventurado decir que "toda Guipúzcoa" vino a luchar en el ejército castellano de Noáin. Como coronel de estas tropas figuraba Juan Manrique de Lara, hijo del duque de Nájera, y el maestre de campo era Juan Pérez de Ainciondo.

En paralelo a esta aportación militar se situó la actuación económica de los guipuzcoanos en Navarra. Los contratos que consiguieron fueron un premio económico al esfuerzo bélico que desplegaron en la conquista.

Entre 1512 y 1524 la Hacienda de Castilla gastó 64.000.000 maravedís en fortificaciones situadas en Navarra. Tres cuartas partes (49.000.000) se gastaron en Pamplona, especialmente en la construcción del castillo de Santiago (24.500.000). Un segundo objetivo inversor fueron las fortalezas de la línea pirenaica: San Juan de Pie de Puerto, El Peñón, Maya y Behobia. En todas estas obras hay una gran afluencia de canteros guipuzcoanos, traídos por Pedro de Legorreta, maestro de obras reales en Navarra. Junto con su yerno Pedro de Mendizábal y otros constituyeron en 1516-1517 un auténtico oligopolio guipuzcoano que se adjudicó la casi totalidad de las obras, como se desprende de la siguiente relación:

Maestros guipuzcoanos en las obras públicas de Navarra (1516-1517)

Maestro de obras de Navarra	Pedro de Legorreta
Pamplona.	Pedro de Legorreta y Pedro de Mendizábal, vec. Legorreta
Castillo de Santiago Pamplona.	Pedro de Echaburu, vec. Vergara
Convento de dominicos Pamplona.	Miguel de Larreta, vec. Alegría
Cavas de las murallas	
Lumbier	Miguel de Larreta, vec. Alegría
Maya	Martín de Amasa y Lope de Isturizaga, vec. San Sebastián
El Peñón de San Juan	Domingo de Apalasangasti, Juan de Arrese y Pedro de Placencia
Irún	Miguel de Guevara, Juan de Azaldegui y Juan Peña, vec. Legorreta

Fig. 7 Herida de Íñigo López de Loyola en Pamplona (1521). Fresco de Andrea Pozzo en la basílica de San Ignacio, Roma.



Este texto trae causa de la conferencia homónima pronunciada el 19 de mayo de 2021 en la iglesia de San Ignacio de Pamplona, dentro del Ciclo de Conferencias organizado por la Parroquia de San Nicolás y coordinado por su párroco, D. César Magaña Felipe, para conmemorar el V Centenario de la caída de San Ignacio en Pamplona (20 de mayo, 1521-2021).

También pudieron ser guipuzcoanos otros maestros canteros como Machín de Asteasu, vecino de Pamplona, y Miguel de Vergara, vecino de Vitoria. La única excepción son las obras de San Juan de Pie de Puerto, asignadas a Fernando de la Sema. Cada maestro tenía su propio equipo de oficiales, que gestionaban las obras, y canteros. Pedro de Legorreta tenía contratados a un grupo de 155 canteros, que se conocen nominalmente.

A partir de 1530 les sucedió una segunda generación de canteros guipuzcoanos que ya no construyeron obras defensivas sino iglesias por toda Navarra, entre los que cabe citar a Miguel de Garmendia, Juan Pérez de Rotaeché, Juan de Ilarregui, Juan de Arregui, Juan de Landeta, Martín de Oyarzábal, Martín de Larrarte, Lázaro de Iriarte, Juan de Goyaz y Juan de Villarreal. El nexo de unión entre ambas generaciones fue es Pedro de Echaburu, que participó en las dos. Los canteros guipuzcoanos constituyeron una "abrumadora mayoría" entre los maestros constructores que trabajaron en Navarra en el siglo XVI.

A la luz de estas noticias de participación militar y actividad económica de los guipuzcoanos en Navarra cabe retomar la dicotomía que plantea el título de estas páginas y preguntarse si Íñigo López de Loyola, el futuro fundador de la Compañía de Jesús, fue una excepción o un prototipo de la actuación de los guipuzcoanos en Navarra durante el primer tercio del siglo XVI, definido por la conquista -bajo condiciones- del reino y su incorporación a la Corona de Castilla. No parece que Íñigo fuera un caso excepcional o raro. En este teatro histórico se pueden distinguir por lo menos dos tipos de guipuzcoanos que actúan en Navarra, el hombre de armas y el maestro cantero, además de sus respectivos colaboradores y subordinados. El gentilhomme Íñigo López de Loyola fue un representante del primero de ambos, por más que la quiebra de su trayectoria personal sobrevinida a resultas de su actuación en Navarra permitió reorientar su vida hacia ámbitos religiosos y le dio dimensiones universales. **PRE GON**

El autor es Doctor en Historia y miembro correspondiente por Navarra de la Real Academia de la Historia

